

Conferencia dada en Ávila,
Para la ocasión de la reunión del ICUSTA
(22 de junio 2017)

EL ESPIRITU DE Sto. TOMAS HOY EN DIA

He de confesar, que en el momento de disponerme a trabajar para esta conferencia, me equivoqué al leer el título de la reflexión que nos iba a retener a lo largo de estas dos jornadas. En mis apuntes había anotado: *Santo Tomas hoy en día*; ya estaba yo considerando las múltiples posibilidades que se me ofrecían para abordar este tema. Empezando por la siguiente: ¿Existe hoy en día algún autor cristiano que sea capaz de realizar la síntesis entre los Antiguos y los Modernos, capaz de exponer el conjunto de la doctrina, dentro de nuestro contexto intelectual actual, llamado post-modernismo? ¿En otros términos, existe algún cristiano que sea capaz de elevar una “catedral” teológica y filosófica? ¿En definitiva, existe un Sto. Tomas de los tiempos modernos? Evidentemente, la respuesta es negativa. Ciertamente es que tenemos muchos teólogos que trabajan con seriedad: más, algunos ofrecen planteamientos prometedores; pienso, en particular, en los trabajos que se han emprendido en Estados Unidos. Mas, según mi entender, ninguno consigue llegar a la altura del Aquinate. Y es que el espíritu de nuestros tiempos, no se presta a ello en absoluto.

Los italianos inventaron una expresión acertada para caracterizar la vida intelectual contemporánea: ellos evocan el *pensiero debole*. De esa expresión podemos deducir, ante todo, una anemia del pensamiento. Es un hecho; qué complicado nos resultaría llegar a citar a los teólogos cuya obra pasaría a la Historia. Por no mencionar a los filósofos que podrían completar la prestigiosa galería de los pensadores de la humanidad. Muchos pensarán en Habermas. Es cierto que nos ofrece una reflexión interesante a la cual, de hecho, se había enfrentado un tal Cardenal Joseph Ratzinger, en una famosa conferencia a dos voces. Pero de ahí a formar parte de la constelación de sus ilustres predecesores

alemanes, entre los cuales Heidegger es sin lugar a duda, la última figura... Asimismo, si no hay filosofía, no hay teología; sin una filosofía de profunda y honda inspiración, no pueden haber genios in teologia. Me arriesgaría a añadir que el mismo debilitamiento se puede constatar en la literatura contemporánea, al menos en tierra francófona...

He hablado de post-modernismo. Este concepto ha de ser usado con sumo cuidado, ya que es polisémico. En su célebre libro, el filósofo escoses Alasdair MacIntyre que enseña en Estados Unidos, intuye que la emoción personal se ha sustituido al enfoque racional; respaldada por el individualismo y el subjetivismo dominante. Él habla entonces del *emotivismo*¹. Cuando decimos: « Esto es bueno », en realidad, lo que entendemos es: “Me parece que esto es bueno y te pido que opines lo mismo”. La ola emocional, a menudo tomando la forma de la indignación, tal y como se ha visto en España, ha terminado sumergiéndolo todo². Se ha contrapuesto la emoción a la razón. Hemos llegado a pensar que el afecto valía lo analítico. Puesto que el individuo tiene un valor universal, y que a la vez, existen tantas emociones como individuos, hemos acabado por deducir que todas las emociones se valen y que por lo tanto, todas las emociones son intercambiables. Así es como ha llegado a instaurarse lo que Benedicto XVI designaba como la “dictadura del relativismo”.

¿Habremos franqueado una nueva etapa? En efecto, se habla desde hace poco de la « post-verdad ». Por ello se entiende el rechazo de decir las cosas tal y como son, o todavía, de retocar la realidad e inventar meramente afirmaciones inverosímiles. Por lo tanto, la mentira sería más rentable. ¿En qué podría resultar condenable? Lo más preocupante es sin duda, que nos hemos adentrado en la era virtual, donde la realidad se desvanece. El sociólogo francés Jean Baudrillard ha presentado su tesis sobre la « *des-realización* del mundo », en la cual explica como la verdad se ha convertido en una búsqueda imposible. ¿« Post-verdad »: se trata

¹ Cf. A. McINTYRE, *Après la vertu*, PUF, Paris, 1997. L'ouvrage initial a été publié pour la première fois en 1981.

² Cf. J. ROMAIN, *La Dérive émotionnelle*, Lausanne, L'Age d'Homme, 1998.

acaso de una expresión pasajera, o al contrario señala esta, el inicio de un nuevo período? Es demasiado temprano aún para saberlo.

Frente a semejante agotamiento, hemos aquí nuevamente forzados a rebuscar en nuestra memoria, las fuentes de agua viva, e interrogar una vez más a aquellos que nos han precedido.

¿Porque no interrogar a Sto. Tomas? De esta manera se justifica entonces, el título escogido para esta conferencia internacional, que tengo el honor de inaugurar esta mañana. Quiero repetir su verdadero título: *El espíritu de Sto. Tomas, hoy en día*.

I. Reconozcamos que venimos de lejos. En esta primera parte, permítanme que les hable de mi experiencia personal. Ingresé a los Dominicos de la provincia de Toulouse en 1968. Algunos pensarán que actuaba de manera inconsciente; y les doy la razón; en aquellos tiempos, la idea era de hacer tabla rasa del pasado.

Fue mía la suerte de ser acompañado por un hermano anciano que enseñaba la teología moral. Con el paso de los años, considero, en retrospectiva, hasta qué punto fue uno de los mejores conocedores del pensamiento del Aquinate. El trato que tuve con él, me permitió percibir la sal de una vida dominica. Por un lado, yo era su superior, pues poco tiempo tras mi ordenación, había sido elegido prior del convento en el cual vivíamos, él y yo. Y por otro lado, él fue mi maestro: gracias él, pude adentrarme en los arcanos de la magnífica edificación que se despliega en la *Secunda Secundae* de la *Suma Teológica*. Otro dominico de Toulouse escribe lo siguiente, en una obra esplendente (...), «Hay un aspecto que pocas veces se considera, que no puede ser ignorado y que poco a poco se va redescubriendo: la aportación más innovadora de la *Suma* no reside en su parte dogmática, sino en su parte moral, la *Secunda Pars*»³. El P. Michel-Marie Labourdette, puesto que ese es el nombre de la persona a quien estoy rindiendo un homenaje, poseía una capacidad extraordinaria, la cual solo una vez más en mi vida

³ J.-P. TORRELL o.p. *Saint Thomas, maître spirituel*. Initiation 2, Cerf/Editions Universitaires de Fribourg, 1996 (p. 510).

pude observar, y justamente en el mismísimo Ratzinger: el don de hacer inteligente. Él aclaraba todo aquello que era oscuro. Exponía los problemas más agudos con tanta sencillez, que uno no podía contestar más que con insospechada naturalidad, la solución exacta. Es cierto también, que por la noche, en la soledad de la celda, al volver a plantear la problemática abordada a su lado, uno experimentaba todo tipo de problemas para reconstituir todo el camino recorrido y para disponer acertadamente los argumentos debatidos.

Esta mañana, creo que sería bueno recordar una lección suya, con ustedes. En aquellos tiempos, por lo menos en Francia, la teología moral había caído en un profundo estado de abandono. Dicen que durante dos años, los seminaristas de Toulouse no recibieron ninguna formación sobre esta materia; y se decía además, que no parecía irles nada mal, a los seminaristas, a pesar de ello. La teología moral era considerada como una materia aburrida e ingrata, y no había quién para enseñarla. ¿Cómo podía uno interesarse a la moral, después de mayo del 68? Y siguiendo la canción popular, la suerte cayó sobre el más joven. Acababa yo apenas de ser habilitado en el cuerpo docente, cuando se me pidió que ocupase la cátedra arrinconada.

El P. Labourdette quería animarme: «Se os confía una materia que hoy en día es despreciada, pero tenga paciencia: llegará el momento en el cual infundirá y atraerá nuevamente a muchos». De hecho, al final de los años 70, después de haberse proclamado durante todo un decenio «Todo es político», el lema cambió aportando una nueva creencia: «Todo es ética». Así surgieron las inversiones en bolsa éticas. A la naturaleza se la consideraba con temor y compasión; sufriendo por ella. Llego el sueño del desarrollo armonioso y durable, a la vez que se prohibía rigurosamente la referencia a cualquier ley natural. Se inventó la bioética en cuanto se pudo aplicar a la vida humana, los extraordinarios avances de las técnicas medicinales. Hasta quiso la historia que yo fuese nombrado al *Consejo Nacional Consultativo de Ética* por el Presidente de la República, en 1997. ¡Un dominico designado como sabio de la República laical!

Así pues, la ética estaba en boga y todos se aferraban a ella, en el desorden más completo. Empezando por el de la terminología, puesto que se hablaba de ética para evitar usar la palabra moral, como si ambos términos tuviesen un contenido distinto. Mi viejo profesor había acertado: la rama de la teología, habiendo sido la más desconsiderada; terminaba siendo la más solicitada en una sociedad secularizada.

¿Enseñar la teología moral, bueno, pero cómo? Al final de los años 60 y a comienzos de los 70, el clero occidental estaba animado por una mentalidad que yo definiré como siendo sistemáticamente “crítica”. ¿Acaso el Concilio Vaticano II no había introducido la Iglesia en una nueva era, en la cual las lecciones del pasado se hallaban en desfase completo? Eso mismo aseguraban los primeros comentaristas del Concilio, reunidos en un vasto movimiento conocido como el «metaconcilio», el cual de hecho, sería vivazmente combatido 20 años más tarde. En definitiva, la idea misma de referirse a la tradición y a sus maestros, producía reacciones alérgicas. Era inconcebible pronunciar el nombre de Tomas de Aquino, bajo pena de ver taparse todas las orejas⁴. Deseando evitar el discurso sistemático-crítico y el «deconstructivismo» predominantes, conseguí la dispensa para recuperar las ultimas migajas de los que habían enseñado en San-Maximino. Estaba persuadido de que de ahí se podían sacar lecciones concretas. El P. Labourdette me dio un último consejo: «Apóyese y enseñe a S. Tomas, pero sin mencionar su nombre jamás». Así es como, durante años, he practicado un tomismo anfibio. Y si he de decir toda la verdad, añadiré que a los estudiantes, mi enfoque les pareció «muy moderno».

II. Como decía hace un instante, regresamos de muy lejos. En efecto, las cosas empezaron a cambiar de manera radical alrededor de los años 1980. Un giro histórico siempre es debido a un conjunto de circunstancias; dejemos a los especialistas el trabajo de discernirlas. Por mi parte, yo señalaré sencillamente que surgió

⁴ La carta que el Papa Pablo VI había enviado al Maestro de la Orden dominica, el 20 de noviembre 1974, para subrayar nuevamente la importancia de Sto. Tomas en la enseñanza de la Iglesia, había caído en una profunda indiferencia, suscitando ni eco ni comentario alguno.

entonces –lo que nadie esperaba- una nueva generación que no había recibido prácticamente ninguna cultura cristiana; la generación precedente habiéndose negado a transmitir un patrimonio secular. Los jóvenes de aquel entonces, sabían que no sabían; deseaban aprender, y no compartían los prejuicios de sus mayores (¿Y de hecho, sobre qué habrían podido fundar dichos prejuicios?); se tornaron hacia los grandes maestros de la tradición. En los seminarios y las facultades de teología, se reclamó a Sto. Tomas. A ambos lados del Atlántico, florecieron los cursos y grupos de trabajo; empero sin exceso. Se constituyeron institutos especializados, el Aquinate se permitió un empuje hasta las mismas cátedras de universidades secularizadas.

Sto. Thomas regresaba dentro de la Iglesia, por la puerta grande y yo deseo explicaros cómo se hizo. El cambio que estoy evocando le debe mucho a la figura del papa Juan-Pablo II, el « atleta de la fe ». Él pensaba que el catecismo era un método indispensable para conseguir implantar un concilio en la cultura y la mentalidad del pueblo de Dios. Así había sido para el Concilio de Trento; ¿Por qué no podría ocurrir lo mismo en el caso de Vaticano II? Por lo tanto, puso en marcha aquel proyecto inmenso, justo después del Sínodo de 1985. No nos detendremos en los detalles; añadiré escuetamente que se me invitó a animar el pequeño grupo de expertos encargados de redactar la tercera parte de la obra, dedicada a la moral. Nuestro grupo intervenía después de que una versión preparatoria haya sido enviada a los obispos del mundo entero, entre 1988 y 1989, recibiendo y colectando las críticas más significativas, precisamente sobre la moral (9.000 enmiendas sobre un total de 24.000). Se me pidió que presentase un proyecto revisado por completo y renovado a fondo.

¿De qué manera habíamos de proceder? Nos vino la idea de escoger como fundamento, la antropología irradiante de la primera parte de la constitución pastoral *Gaudium et spes*. El texto conciliar fundamentaba la dignidad de la persona humana sobre su creación a imagen de Dios (§ 12). Hoy en día, no percibimos más hasta qué punto aquella perspectiva fue revolucionaria. Durante tres siglos, la creación a la imagen había sido puramente eludida,

mientras que la « ética del código » de Michel Foucault se imponía en la enseñanza de la teología moral. Al actuar de esta manera, el Concilio volvía a sus orígenes, a las intuiciones de los Padres, y también a la de Sto. Tomas. A partir de ella se abre la *Secunda secundae* de la *Suma* (Prólogo). Analizando más detenidamente estas reflexiones, los expertos constataron ciertos paralelismos en los planteamientos y acabaron produciendo una síntesis original, entre las articulaciones del esquema conciliar y las intuiciones tomistas. Veán sino:

Art. 1: la creación a imagen de Dios

Art. 2: la beatitud y las bienaventuranzas

Art. 3: la libertad humana

Art. 4: los actos humanos

Art. 5: las pasiones (lo cual el Concilio no evocaba en absoluto)

Art. 6: la conciencia (que podemos asemejar a la virtud tomasiana de la prudencia)

Art. 7: las virtudes (en general, poco presentes en el Concilio)

Art. 8: el pecado

La primera parte de *La vida en Cristo* corresponde a la teología moral fundamental. Recibió poca atención por parte de los comentadores. Es una lástima. De no haber sido así, habrían podido comprobar lo que yo llamaría el « alto contenido de tomismo » del documento magisterial.

La segunda parte planteaba una dificultad peculiar: de qué forma se había de presentar la moral individual? ¿A partir de los mandamientos, tal y como se hizo en el catecismo del Concilio de Trento, o partiendo de las virtudes, según Sto. Tomas? Los debates fueron intensos. Recuerdo en especial, los intercambios sobre este tema que nos retuvieron un mes entero, en una villa de Frascati, donde se nos había encerrado, literalmente. El Cardenal Ratzinger presidía nuestros trabajos y solventó con sensatez este tema: la moral individual permanecería siendo presentada a partir del Decálogo, ya que el pueblo cristiano había sido acostumbrado a esta forma, pero además, cada prescripción sería explicada e ilustrada a partir de las virtudes. Por ejemplo, el primer mandamiento se refiere a las tres virtudes de la fe, de la esperanza y de la caridad; el segundo mandamiento a la virtud de religión; el cuarto mandamiento se articula en torno a las virtudes vinculadas a

la vida familiar y política; el sexto implica la virtud de la castidad, etc.

Como era de esperar, la atención de la opinión pública ignoró las extensas perspectivas abiertas por el texto, para centrarse únicamente en las cuestiones del momento, tales como la pena de muerte, la homosexualidad, el Islam, la legítima defensa, la procreación artificial, el medio ambiente, el desempleo, etc.

La tesis que yo apoyo es la siguiente: a lo largo del decenio de 1990, asistimos al potente regreso del tomismo, como pocos hemos conocido en la Historia. Y eso, ante todo en los grandes textos del magisterio, primero en el *Catecismo*, olvidado en 1992, y también en dos encíclicas de importancia, *Veritatis splendor* (1993) y *Fides et ratio* (1998). Lo cual me lleva a proponer una primera respuesta a las preguntas alzadas por este coloquio: ¿Dónde puede uno hallar el espíritu de Sto. Tomas hoy en día? En los grandes textos del pontificado de Juan-Pablo II y esencialmente, en el *Catecismo de la Iglesia Católica*⁵. ¿Cómo puede uno dar a conocer el espíritu de Sto. Tomas? Dando a conocer y a comprender el Catecismo de Vaticano II.

III. Enseguida, he de instaros a fijar unas miras más bajas frente a lo que algunos podrían ver como un triunfalismo. Al principio de su libro, *El problema estético en Tomas de Aquino*, Umberto Eco acierta al recordar: «Tomas de Aquino tiene la desgracia de ser más leído por fans que por historiadores». De hecho, el estudio de la obra tomasiana se limita a unos cuantos especialistas y a algunos particulares, como los conventos dominicos (¡Mas no todos, lejos de ello!) o unas pocas universidades. Hace dos meses, participaba al coloquio organizado por la *Sociedad Internacional Tomas de Aquino*, en Boloña. ¿Cuántos éramos? Unos cincuenta, como máximo. Cierto es que la mayor parte del contingente era formada por muchos jóvenes docentes de Latinoamérica, Chilenos en mayoría.

⁵ Même si S. Augustin y est nettement plus cité que S. Thomas.

Conviene recordar entonces, que a principios del siglo XIX, el tomismo no era solo un campo de ruinas, sino que era una *terra deserta* abandonada por todos. Tan solo la Orden de San Dominico, moribunda y enteramente suprimida en Francia desde 1791, mantenía en Italia y en España, un estrecho oasis, indigente y solitario. ¡Cuántos renacimientos desde entonces! En esta última y tercera parte de mi conferencia, quisiera dedicarme a precisar lo que el espíritu de Sto. Tomas podría aportar al mundo de nuestros tiempos. Evidentemente, cuento con los intercambios del presente coloquio para completar, e incluso corregir mis propósitos.

Antes que nada, precisemos el vocabulario. El concepto de modernidad se emplea sobre todo en el marco de la cultura y de la historia de las ideas. En rasgos generales, la modernidad designa una configuración intelectual, espiritual e institucional trazada en el siglo de las Luces. El hombre – y el hombre solo- tomaría con firmeza las riendas de su destino y de su felicidad. Con ello, la razón alcanzaba por fin la madurez. Este acontecimiento fundador iba a implicar una ruptura radical con el pasado, este siendo de manera polémica, asimilado a un reino de las tinieblas, marcado por las supersticiones y los prejuicios. Hoy en día, la post-modernidad induce el sentimiento de que las grandes convicciones que fundaban la modernidad, presentaban marcas de desgaste, o más profundamente, que estaban quebrantadas en sus raíces. Las incertidumbres se multiplican. ¿Cómo podría ayudarnos Sto. Tomas en estos momentos?

Ciertamente, él lo podría, y de diversas maneras, tal y como seguramente se verá a lo largo de este coloquio. Por mi parte, es mi opinión que Sto. Tomas podría comportarse con nosotros como un abogado, el abogado de la verdad sobre las cosas y el de la dignidad de la persona humana.

1. La verdad sobre las cosas

La post-modernidad no corresponde a una situación de crisis, pues lo propio de una crisis es de marcar un paroxismo y después de pasar, sino a una situación de una ruptura. La confianza en la razón humana acaba de derrumbarse; la escuela de Frankfurt

habla de un «eclipse». El irracionalismo, como ya se ha dicho, se expande y brota en particular, bajo la forma del emotivismo. La paradoja de esta ruptura es que se consume sobre la capacidad de la razón a alcanzar la realidad, si tanto es que la realidad existe, y justo en el momento en que esta se consolida en el ámbito científico y en el de las conquistas técnicas, de una manera sin equivalente en la historia moderna.

Sto. Tomas nos permite enfrentar la situación actual, puesto que nos enseña la confianza en la razón y en su potencia de la verdad. En la carta oficial que el Papa Juan-Pablo II me envió, el 11 de marzo 1993, para la ocasión del centenario de la *Revista Tomista*, cuando yo era Provincial de Toulouse, escribía: «El Aquinate invita a cada hombre a tener el incansable afán de la verdad, pues solo escrutándola con insistencia, alcanzaremos la comprensión de la realidad y de su Autor». Con lo cual, lo real existe; ahí donde está el ser, está la realidad. El hombre es capaz de comprenderla en su orientación teológica, la cual le impulsa a maravillarse frente a la bondad divina que se ve reflejada en la creación, más aún en su encauzamiento « simplemente » filosófico, pues la razón humana es una participación a la inteligencia misma de Dios. Sto. Tomas expone claramente ambos enfoques en su *Contra Gentiles* (II, 4): « El filósofo argumenta a partir de las causas propias a las cosas, el creyente lo hace a partir de la causa primordial ».

De esta manera, el Maestro enseña lo que personalmente yo llamaría, la valentía para la verdad. Si la inteligencia humana es una imagen de la razón divina y una participación a su actividad, el hombre ha de poder enfrentar con serenidad las preguntas del momento, pues él es capaz de medir sus repercusiones y de considerar sus implicaciones y pormenores. Con ello se deshace de los conformismos del pensamiento dominante; el espíritu es libre: « La filosofía se aplica, no para conocer lo que han pensado los hombres, sino para profundizar acerca de la verdad de las cosas »⁶. Dicha afirmación se sitúa a contra-corriente de la tendencia predominante la cual sustituye a la filosofía por la historia de la filosofía; la cual hoy en día, por un problema planteado, se

⁶ *Sententia super librum 'De Caelo et mundo'* (I, XXII)

contenta con la discusión de la opinión de varios. En suma, se prefiere la galería de los retratos a la verdad de la cosas.

2. La dignidad de la persona humana

El término de dignidad se convirtió en un concepto clave de la modernidad. El 10 de diciembre 1948, cuarenta países de la nueva O.N.U. aprobaron la *Declaración universal de los derechos del hombre*. Por primera vez, la humanidad se dotaba de una carta de la convivencia universal. Ahora bien, la había basado sobre el respeto de la dignidad. Efectivamente, en ella podemos leer: "la libertad, la justicia y la paz en el mundo tienen por base el reconocimiento de la dignidad intrínseca y de los derechos iguales e inalienables de todos los miembros de la familia humana". De hecho, en todas las cuestiones sensibles como el aborto, la eutanasia, la experimentación médica sobre el cuerpo humano o en las cuestiones que conciernen la esfera de la justicia social, la dignidad humana ocupa una plaza central.

En cuanto se trata de reconocer –o no- la humanidad a los dos extremos de la cadena biológica, o cuando se trata de movilizar a la opinión en favor de causas humanitarias urgentes, las autoridades del momento siempre miran del lado de Kant, y hacia ese principio incansablemente repetido: «Obra de tal modo que uses a la humanidad, tanto en tu persona como en la persona de cualquier otro, siempre al mismo tiempo como fin y nunca simplemente como medio». Con lo cual, la dignidad se reconduciría a la libertad entendida como la autonomía del sujeto. No está mal, sin embargo, me parece un poco seco. Me pregunto si no se le podría combinar a semejante rigor, el fervor, solicitando el pensamiento de Sto. Tomas al respecto.

Él la presenta con estos términos: «La dignidad de una realidad significa que ella es bondad por si-misma, mientras que su utilidad significa que es bondad para otra cosa»⁷. Digno es lo que lleva consigo un valor intrínseco. Por lo tanto, la dignidad no se vincula a ningún tipo de aceptación social; no es concedida por un grupo de pertenencia que podría retirarla, y no se la determina a partir de ningún trámite procedimental. La dignidad está vinculada a la persona, porque ella-misma es la imagen de Dios, y lleva su

⁷ III Sent, Dist. 35, q. 1, a. 4

máscara. En dicho sentido, es casi un pleonasma hablar de la dignidad de la persona, ya que el origen de esta palabra invoca una distinción particular, a imagen de los héroes griegos, un personaje inimitable, un ser al que le es debido el más grande respeto. Recordemos el asombro de Sófocles: “El mundo está lleno de maravillas, pero nada es tan maravilloso como el propio hombre (...). Él se adiestró en el arte de la palabra y en el pensamiento, sutil como el viento, que dio vida a las costumbres urbanas que rigen las ciudades, y aprendió a resguardarse de la intemperie, de las penosas heladas y de las torrenciales lluvias...”

En un capítulo admirable del *Contra Gentiles*, Sto. Tomas demuestra que la dignidad del hombre es tal, que se impone a Dios-mismo. Esa dignidad exige una cierta «moral» por parte del Creador : Dios ha de cuidar del hombre, por ser hombre, a diferencia de los otros seres no-rationales que el ser humano gobierna, no por ser ellos lo que son, sino por ser partes en vista de todo el universo, es decir a fin de cuentas, en vista del hombre.

*

Una última referencia antes de lanzar la apertura de los debates. En la carta enviada al prior de Toulouse, S. Juan-Pablo II escribía: «Gracias a una asidua frecuentación de la obra monumental del Doctor angélico, el pensador cristiano adquiere una metodología rigurosa y unos instrumentos conceptuales que le permiten adentrarse en las profundidades de la doctrina sagrada, y llevar una argumentación propiamente capaz de probar la existencia y las perfecciones divinas, en la máxima medida de lo que puede ser percibido por la razón humana». Por lo tanto, a lo largo de este coloquio, nos corresponderá profundizar la metodología rigurosa y regenerar el buen uso de los instrumentos conceptuales forjados por este santo que fue canonizado el 18 de julio de 1323, después de que se le hubieran atribuido 300 milagros. El papa Juan XXII se habría exclamado: «¡Tantos milagros como artículos!» Por desgracia, parece ser que esta bonita sentencia es apócrifa.

